

## EL PENSAMIENTO GRIEGO

*Por el Lic. Salvador MARTINEZ MANCERA.*

Jamás se cansará el hombre de echar una ojeada retrospectiva a esa región del mundo occidental que, por su posición y por el pueblo que en ella vivió, estuvo destinada a poner los fundamentos de nuestra cultura. Fué, además, el escenario de grandes sucesos muchos de los cuales originados por la codicia de razas nómadas, unas veces y otras de hombres pertenecientes a culturas elaboradas, que aspiraban a vivir en las costas, desde las occidentales del Asia Menor hasta las meridionales de Italia, donde privan un clima suave y un cielo puro.

Allí, en esa amplia y bella región está la encrucijada de los caminos que unen al Oriente con el Occidente, es donde tuvo su asiento el pueblo helénico, de gran agilidad mental y de una curiosidad insaciable que supo aprovechar maravillosamente la situación del terreno, para recibir y transmitir la aportación cultural de los pueblos orientales, poniendo en ella sus propias observaciones, mejorándola con la originalidad de su fuerza creadora e imprimiéndole el sello inconfundible de su genio, ajeno a toda influencia de una clase sacerdotal cerrada que pudiera perturbarlo, puesto que el sentimiento del heleno fué insobornable en este aspecto, y por ello dió lugar a que, como lo expresara Zeller, hiciera operar el “milagro griego”.

Allá, por el primer tercio del segundo milenio A. de C., llegaron a Grecia, desde las regiones del Danubio o nórdicas, las primeras avanzadillas de la inmigración helénica, compuestas de guerreros aqueos (“achaios”) que, con sus armas de bronce se impusieron a la antigua población balcánica, compuesta de carios, lelegos y pelasgos.

Se supone que eran de estirpe indo-europea y por algún tiempo ocuparon la Tesalia y más tarde la Argólida (Peloponeso), para hallarse sólidamente establecidos hacia 1700 A. de C., en la llanura de Argos. Es entonces cuando comienza el período de formación de los Estados aqueos que llegó a su término siglo y medio después.

Su lucha por seguir conquistando los llevó por las Islas del Egeo, Creta, entre otras, hasta ir a debilitarse en su afán por apoderarse del Helesponto, en una de cuyas costosas luchas figuró la campaña de Troya, cantada por Homero. Entonces llamaron en su auxilio, como mercenarios, a los bárbaros dorios conocedores de la técnica del hierro que desde tiempos remotos habitaron el reducido valle al pie del Parnaso, los cuales irrumpieron en la Argolia (Siglo XII) convirtiéndose pronto de auxiliares en dominadores.

El aqueo tenía una fuerte organización familiar patriarcal; amaba la guerra, las armas brillantes y los carros de combate; y como su instinto era asimilador, se dejó influir y cautivar por la cultura de los vencidos cretences, como también acabó por aceptar la influencia del dórico y más tarde la del jonio, dando lugar así a una fusión racial que vino a ser hasta cierto punto la conformación del griego.

Esa fusión iría a recibir con el tiempo las aportaciones culturales, no sólo de sus primeras conquistas, sino también de sus luchas, reveses y tratos con hombres de otras razas.

Del fenicio obtuvo su alfabeto de 22 letras, los útiles de escritura como papel, pluma y tinta, con lo cual pudo legar a la posteridad, el enorme repertorio épico que recogiera mitos y leyendas, entre las que figuran la *Iliada* y la *Odisea*, portentosos poemas atribuidos a Homero.

No cabe duda que el aeda ciego tuvo gran influencia sobre el pensamiento y literatura griegas, y con ello contribuyó a impulsar el sentimiento de solidaridad nacional del heleno.

A Homero le siguen Callinos y Tirteo, con un tipo de lírica que descubre la conciencia de la individualidad, determinante de la sustitución del régimen monárquico aristocrático por repúblicas más o menos democráticas. Ese tipo de política fué la Elegía que en un principio asumió un carácter de arenga, que Arquíloco de Porros convierte en sátira y sarcástica contra los enemigos políticos, utilizando la métrica popular (yambo).

Solón y Simónides de Ceos, fueron también cultivadores de ese género, siendo además Simónides un excelente epigramático.

No cabe duda que las luchas internas en que se vieron enfrascados muchas veces los Estados griegos, particularmente Esparta y Atenas, trajeron consigo una serie de cambios e inquietudes que a la postre irían a ser el mejor estímulo para crear esa Edad de Oro, que se inicia por el año de 585 A. de C.

A esto debemos agregar la influencia que tuviera en el espíritu irreligioso de los jóvenes helenos, la mitología de Hesíodo, el célebre gañán y pastor de ganados que, en su desorbitada fantasía, creó la Genealogía de los Dioses, asentando que primeramente fué el caos y luego la tierra (en la tierra vivían los Dioses); Tártaro, Dios del Infierno y tras él, Eros o el Amor, etc. La mitología, para expresarlo mejor.

También debemos agregar el ejemplo de Solón al crear con su recta función de Estadista, un campo propicio para el florecimiento del pensamiento griego.

Hablar de Grecia, es relacionar inmediatamente su portentosa obra en el campo de la filosofía.

Veamos como se fueron sucediendo las distintas escuelas que amasaron la obra más portentosa legada a la posteridad.

Tales, nacido en Mileto hacia el año de 624 A. de C., funda lo que acabó por conocerse por Escuela Jónica, a la que se incorpora Anaximandro para sostener ambos que había que buscar las causas en su origen natural.

Pitágoras, nacido en Samos (580 A. C.) fundó a su vez la Escuela Pitagórica, que trata de explicarnos todo por medio de los números.

Xenofonte de Colafón, con la escuela Eleática, hace que a su filosofía se incorpore Zenón de Elea, a quien Aristóteles, debería llamar inventor de la dialéctica.

Zenón precisó mejor que nadie el concepto eleático de que “si una cosa está en un lugar, ese lugar debe estar a su vez en otro, hasta el infinito”.

Las tres escuelas antes mencionadas proponen la explicación de los fenómenos naturales. La jónica, por medio de una materia cualitativamente determinada; la Pitagórica, por medio de los números, o sea una relación cuantitativa; la eleática, finalmente, por medio del “substratum” permanentemente mismo, o sea el Ser.

Surge el Siglo de Pericles o la Grecia clásica, y pensadores como Heráclito, Empédocles, Demócrito, Anaxágoras y otros, abonan el terreno del conocimiento donde había de fructificar brillantemente, esa maravillosa trilogía que integraran Sócrates, Platón y Aristóteles.

Un Sócrates que cultivó en grado sumo la Dialéctica y la Etica, y que supo morir valientemente sin traicionar a sus principios, legando así un bello ejemplo de lo que debe ser un maestro.

Platón, el fundador del idealismo, que con su doctrina de las Leyes, o lo que expone en la República, trató de hallar un justo medio político, sin conseguirlo, dando así las bases a Aristóteles, para que éste pusiera la piedra angular a las Ciencias Sociales, definiendo al hombre como “un animal por naturaleza social”.

Considero que en una Escuela de Ciencias Políticas y Sociales debe darse preferencia al estudio de los fenómenos sociales y por ello pido se me disculpe por enfocar este trabajo hacia ese aspecto y me ocupe sólo en seguir analizando el pensamiento de los exponentes griegos de la antigüedad.

En la República, Platón plantea por primera vez una teoría comprensiva que no es en modo alguno, sin embargo, un tratado científico y menos aún histórico, pero que, como dice Pollock, debe considerarse como un brillante ejercicio de imaginación filosófica; o como apunta Nettleship: “fué un intento de interpretar psicológicamente la naturaleza humana”. El postulado en que descansa tal método, es el de que todas las instituciones de la sociedad, la organización de las clases, el Derecho, la religión, el arte, etc., son, en último término, productos del alma humana, principio ínfimo de vida que se expresa en esas formas eternas”.

En efecto, Platón explica el origen de la sociedad (o en su terminología (“La polis”), sobre la base de necesidades diferenciadas de los hombres y la división del trabajo resultante de ella, que en ulteriores reflexiones hubo de añadir otras clases a la composición de su comunidad, para que el agricultor, el albañil, el tejedor, etc., pudieran disponer de herramientas y materias primas.

Su concepción del Estado ideal, ese comunismo platónico en el que inclusive hallamos las premisas de la eutanasia, sirve de base al estagirita Aristóteles para hacer la más brillante réplica, y sentar las bases sociales de las que tan admirablemente deberían aprovecharse en sus estudios o ensayos, los pensadores que les siguieron.

Platón, era primordialmente imaginativo y “deductivo”. Aristóteles, era ante todo, observador e “inductivo”, y como lo apunta Pollock: “El esplendor imaginativo y el encanto del lenguaje de Platón han desaparecido (cuando llegamos a Aristóteles); pero obtenemos una observación exacta de los hombres y las cosas y un sólido juicio práctico que nos hace pisar

suelo firme y nos asegura un progreso firme también. Un globo es muy agradable si no se tiene interés en ir especialmente a ningún sitio determinado; una carretera es vulgar y viajar por ella puede ser aburrido; pero se llega a la meta deseada. Platón es una aeronave que se balancea sobre un país nuevo y consigue, de vez en cuando, tener, a través de la niebla, una vista general de sus contornos. Aristóteles el colonizador laborioso que anda por ella y construye carreteras. Cuanto más se estudia su obra más se aprecia un buen sentido, su tacto para tratar los problemas en la mejor forma posible, dadas las circunstancias, y su honestidad para con el lector.”

La mejor comprensión de lo anterior es esa parte de la réplica aristotélica, en la que el estagirita, no obstante que se hallaba de acuerdo con Platón, por cuanto toca a creer en la existencia de la esclavitud como institución de Derecho natural, acaba por plantear: “Pero, ¿hay alguien destinado a ser esclavo por naturaleza, para el cual es conveniente y justo tal estado, o tendremos que considerar la esclavitud como violación de la naturaleza? No hallamos dificultad para responder a esta pregunta, ni en la razón, ni en los hechos. Porque no solo es necesario, sino conveniente que unos gobiernen y otros sean gobernados; desde la hora de su nacimiento, unos están destinados a la sujeción y otros al mando.”

Es así como hallamos a un Aristóteles más cerca de la verdad que muchos escritores demócratas de épocas posteriores, sobre todo cuando define al hombre como un ser por naturaleza social, y acaba por expresar: “Hay en todos los hombres por naturaleza, un instinto sociable; por eso el que fundó la primera “polis” fué el mayor de los benefactores, porque el hombre, cuando se ha perfeccionado, es el mejor de los animales, pero cuando se aleja de la ley y la justicia es el peor de todos; porque la injusticia armada es lo más peligroso; y el hombre nace con las armas de la inteligencia y con calidades morales que puede emplear para los peores fines. Por tanto, si no es virtuoso, es el más impío y salvaje de los animales y el más dominado por la lujuria y la gula. Pero la justicia es el lazo que une a los hombres en los Estados (polis), y por la administración de justicia, que es la determinación de lo que es justo, es el principio del orden en toda sociedad política.”

Aristóteles formuló una explicación de la evolución social en términos de la utilidad, la expansión de la naturaleza social y el alcance del deseo y la necesidad de sociedad. En este aspecto realizó un avance considerable sobre la doctrina platónica que había defendido la explicación utilita-

ria y económica, excluyendo de modo casi absoluto la base hereditaria; y aunque la interpretación de Aristóteles era más bien comprensiva y equilibrada, no llegó a un análisis tan completo como el de Platón, por lo que se refiere a los fundamentos económicos de la sociedad.

Aristóteles, pues, se aproxima a lo que después había de expresar Giddins: "conciencia de lo semejante".

Fase más que interesante es el estoicismo, como lo son también esos movimientos filosóficos de los sofistas y el generoso como idealista epicureismo.

Pasemos pues a analizarlos.

De la filosofía post-aristotélica, surgieron seis diferentes escuelas: La Academia, que siguió los pasos de Platón; los peripatéticos, o discípulos de Aristóteles, que se dedicaron especialmente a la ciencia natural; los cínicos y los cirenáicos, y los estóicos y los epicúreos griegos. Estas dos últimas escuelas son en realidad las únicas dignas de mencionarse por cuanto toca a su aportación al pensamiento social, y las fuentes que se tienen de ellas es la pobre y anecdótica colocación de fragmentos sobre el conocimiento de sus ideas, compilada por Diógenes Laercio a principios del siglo III de la Era cristiana.

Zenón, fundador de la escuela estóica, interpretaba la sociedad en términos racionales y sostenía, con Aristóteles, que todos los hombres tienen que ser sociales, tanto por el desarrollo de sus personalidades, como por lo que hace a la ejecución adecuada de sus deberes con sus semejantes. En resumen: apuntó la primera exposición sistemática de la teoría de la "Ley Natural" como fuerza dominante en el universo, que controlaba las relaciones sociales a la vez que los hechos físicos; la concepción de la sociedad como algo basado en un imperativo ético; ya que juzgaba que el Estado era una organización de la vida de la comunidad humana, originada por un instinto social implantado en el hombre por la naturaleza; y una concepción de una especie de ciudadanía del mundo que quebraba, hasta cierto punto, el horizonte limitado del Estado-ciudad griego platónico y aristotélico y que tenía visos de llevar al desarrollo de un Derecho internacional para el caso que hubiera habido en esa época, estados independientes.

Los epicúreos quisieron interpretar el origen de modo puramente natural y materialista, poniendo el primer dique a la tendencia de interpretar ese origen con la intervención de lo sobrenatural; ya que combi-

naron la teoría atómica de Demócrito con la doctrina de Heráclito, sobre el flujo o cambio eterno.

Por lo tanto, contribuyeron a una filosofía evolucionista que fué clásica de la época pagana.

Empleando un método racionalista, Epicúreo explicó la evolución del hombre desde el salvajismo a la civilización por el proceso de la invención, estimulado por la necesidad.

“Lo justo por naturaleza —sostenía— es un pacto de lo conveniente, como, por ejemplo, no dañar a otro ni ser dañado por él.”

“Aquellos animales que no pueden hacer ningún pacto de no dañar ni ser dañados, no reciben justicia, ni padecen injusticia. Lo mismo ocurre con las gentes que no pueden o no quieren hacer tales pactos de no dañar ni recibir daño.”

“La justicia nada sería por sí sola; resulta de las convenciones o pactos y se produce siempre que hay un compromiso mutuo de no causar ni recibir daño.”

Y como se vé, la doctrina de Epicúreo fué diametralmente opuesta a la de los estoicos, y señala la premisa hacia el pacto político de un contrato social.

En resumen, el legado de Grecia no puede ser más completo y magnífico.

#### BIBLIOGRAFIA

- SEYMOUR, T. D.: *Life in the Homeric Age*.  
KELLER, A. G.: *Homeric Society*.  
BOTFORD y SBLER: *Hellenic Civilization*.  
BARKER, ERNEST: *The Political Thought of Plato and Aristotle*.  
PLATON: *Leyes*.  
LEWIS, RICHARD: *Nettleship, Lectures on the Republic of Plato*.  
GIDDINGS, F. G.: *Principles of Sociology*.  
BURY, J. B.: *History of Creece*.  
ZELLER, E.: *Stoics, Epicureans and Sceptics*.  
POLLOCK: *Political Theories of the Ancient World*.